

A LA PUERTA DEL PARAISO.

JUICIOS DE SAN PEDRO

SOBRE

CASOS DE LOS LLAMADOS PARA SER ELEGIDOS,

POR

ANDRES LE PAS.

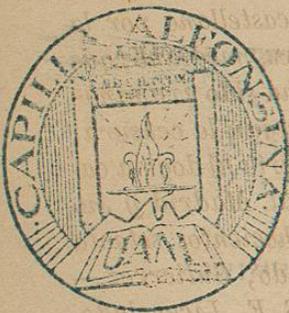
TRADUCCION DE LA PROPAGANDA CATOLICA.

CON LA CENSURA ECLESIASTICA.

MADRID:

IMPRENTA DE LA PROPAGANDA CATOLICA,
Calle de Regueros, núm. 9.

1878.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

NOS EL LIC. D. FULGENCIO GUTIERREZ Y COLOMER,
PRESBITERO, CABALLERO GRAN CRUZ DE LA REAL
ORDEN AMERICANA DE ISABEL LA CATOLICA Y VI-
CARIO ECLESIASTICO DE ESTA M. H. VILLA DE MA-
DRID Y SU PARTIDO, ETC.

*Por la presente y por lo que á
nos toca concedemos nuestra licen-
cia para que pueda imprimirse y
publicarse la novela titulada: A la
puerta del Paraiso, escrita en fran-
cés, y vertida al castellano por la
Propaganda Católica, mediante que
de nuestra orden ha sido examina-
da y no contiene segun la censura,
cosa alguna contraria al dogma ca-
tólico y sana moral. Madrid y Ju-
lio diez de mil ochocientos setenta
y ocho.—Licenciado, Gutierrez.—
Por mandado de S. E., Licenciado,
Juan Moreno Gonzalez.*

A LA PUERTA DEL PARAISO.

—¿Cómo ¡eres tú? exclamé, completa-
mente sorprendido y gozoso de encontrar,
al volver un estrecho sendero, á un tiro
de bala de una pequeña aldea extraviada,
de las Ardenas á donde me habian conducido
mis escursiones aventureras buscando sitios
agrestes, un antiguo condiscípulo y compañero
que, hacia unos diez años, habia desaparecido
de nuestro circulo de amigos, sin darnos
señales de vida, y que con la cabeza inclinada
y las manos cruzadas á la espalda, se
paseaba allí, como en su casa.

A mi exclamacion, levantó la cabeza,

A LA PUERTA DEL PARAISO.

—¿Cómo ¡eres tú? exclamé, completa-
mente sorprendido y gozoso de encontrar,
al volver un estrecho sendero, á un tiro
de bala de una pequeña aldea extraviada,
de las Ardenas á donde me habian conducido
mis escursiones aventureras buscando sitios
agrestes, un antiguo condiscípulo y compañero
que, hacia unos diez años, habia desaparecido
de nuestro circulo de amigos, sin darnos
señales de vida, y que con la cabeza inclinada
y las manos cruzadas á la espalda, se
paseaba allí, como en su casa.

A mi exclamacion, levantó la cabeza,

y pude ver que no estaba ni ménos sorprendido ni ménos admirado que yo de un encuentro tan inesperado.

—¡Cómo!, ¿eres tú? repetí.

—Yo soy, respondió él con una sonrisa afectuosa, y deteniéndose: también eres tú á lo que me parece.

—Sí, ciertamente, en carne y hueso; ¿pero puedo yo decir de ti otro tanto? —

—Toca, Tomás, contestó.

Y me tendió una mano, cuyo apretón me hizo sentir claramente que no trataba con una sombra.

—Pues bien, repuse, mi sincera enhorabuena si te se puede felicitar de estar aún en este picaro mundo, como tú acostumbrabas llamarlo. Se decia que habias partido de él hacia tiempo.

—¡Cómo! ¿Me has llorado? preguntó él.

—Tal vez, dije.

—Poco, repuso, burlándose de la palabra; hubiera creído valer más que eso. Pero tal vez son los amigos los que no valen mucho.

—A fé mia, contesté, bien podría ser eso; los amigos con los cuales formo parte de este picaro mundo, en donde no se vive muy bien.

—Por eso, continuó, no pudiendo dejarlo en el momento, me mantengo lejos de él como ves. Sin estar muerto, me he sepultado. Lo cual viene á ser una misma cosa.

—¿Y esta bonita aldea es tu tumba?

—Sí, dijo, y aqui me va muy bien; hace diez años que aqui descanso.

—Verdaderamente, contesté, para una tumba al punto no le faltan encantos; sitios pintorescos, montañas, valles, bosques, aguas claras y aire puro. ¡Cuántos muertos serian dichosos viviendo aqui! Sospecho que tú no dormirás sino con un ojo.

—¡Dormir! exclamó: ¡dormir! ¿Quién te habla de dormir? Descanso, esto es muy diferente, y con los dos ojos abiertos; te suplico lo creas.

—Lo creo, dije, y lo que es más, puedo decirte lo que ves; por un lado, las miserias del mundo que has abandonado, para no caer en la tentacion de volver allí; por otro lado, las bellezas de tu retiro para que la comparacion te quite el deseo de abandonarlo.

—Justo, dijo.

—Pero, repliqué yo; sin censurar tu

eleccion, sabes bien que esta manera de enterrarse vivo para gozar mejor de la vida; tiene algo de egoista, que no responde á tus aspiraciones de otro tiempo. ¡Qué proyectos tan distintos hacias cuando seguíamos juntos los estudios!

—Es verdad, respondió, es muy cierto. Entónces pensaba hacerme útil á la humanidad.

—Tú querias, dije, ¿te acuerdas? llegar á ser defensor de la viuda y del huér-fano. Te gustaba la toga; la ropa negra y el alzacuello blanco, no. ¿Es que te ha disgustado la noble profesion de abogado?

—No, respondió; es el embrollo. Es el ver con frecuencia ocultar el espíritu de la ley con la letra de la misma. La sotana y el alzacuello no me desagradaron nunca, tanto es así, que pensé más tarde tomar el estado del sacerdocio.

—¿Y te has resignado á quedar de seglar?

—Sí, estoy resignado. Tú conoces mi manera de ver; un sacerdote debe ser un ángel, y yo no tenia alas.

—¿Estás bien seguro? pregunté: ¿Te has mirado bien por la espalda?

—Sí, respondió; ó por mejor decir, otro que me conocia bien, ha mirado por mí.

—Pues bien, continuó; esto me admira con los instintos etéreos que siempre te he conocido. Verdaderamente, siempre me parecias á punto de remontar tu vuelo hácia el cielo.

—Rie, dijo, rie si quieres. Aunque no hay porque reirse, puesto que no te has engañado. Tenia, en efecto, principios de alas. Pero por haberlas tenido demasiado largo tiempo ocultas bajo el hábito profano, las estremidades de las alas se han enmohecido. De manera, que en lugar de subir atrayendo otros hácia mí, como yo me sentia llamado, me veo condenado por mi falta á arrastrarme por la tierra con la muchedumbre, y más penosamente, puesto que no es mi marcha natural.

—¿Hablas seriamente? le pregunté, observando su aire meditabundo.

—Muy seriamente, te lo aseguro. Yo no soy lo que deberia ser, lo que Dios quisiera que fuese.

—Sí es así, contesté: yo tambien hablaré seriamente. Es posible que en efecto tu hayas faltado á tu vocacion en el sentido religioso de la palabra; que tu no hayas

hecho de los dones del cielo el uso al cual estaban destinados. Pero esta desgracia, si es efectiva, ¿es enteramente irreparable? ¿Por no estar empleados según los designos primitivos de Dios, deben sus dones quedar estériles y tus facultades sin empleo? Porque tu no eres todo lo que hubieras podido ó debieras ser, ¿puedes resignarte á no ser nada? No lo creo. ¿Y tú que piensas?

—Escucha, me dijo con un tono grave, acabas de poner el dedo sobre la llaga abrasadora de mi alma. Todo el mundo en la tierra tiene su mision, y yo siento que he faltado á la mia. Si, lo puedo decir sin orgullo ¿(puede un vaso enorgullirse de haber sido llenado de un vino generoso)? Dios habia puesto en mí, en gran cantidad, la idea de lo justo, de lo verdadero y del bien para esparcirla y hacerla gustar, y he descuidado la ocasion. He nacido para sembrar y no he sembrado. Y sin embargo, aunque oscurecido como una llama á la cual le falta aire, siento aún la idea en mí y podria aún brillar. Estas semillas que han permanecido ocultas, no están completamente secas, y algunas podrian aún florecer.

¿Pero cómo sacar partido? El sacerdote, siembra desde lo alto del púlpito, ilumina desde el fondo de su confesonario. ¿Pero y yo?...

—Tú, dije, desde el fondo de tu rincón y bajo tus hábitos de lego, puedes aún hacer mucho bien. ¿La prensa no es hoy el gran vehiculo de las ideas? Si tu no tienes plumas en las alas, tienes una perfectamente cortada que Dios ha puesto en tus manos, sin duda para suplirlas en la prevision que no usarias de ellas. Diganlo sino tus antiguas epistolas. ¿Quién te impide emplearla?

—¿En qué, preguntó, en qué? ¿En escribir sermones ó tratados de moral? ¡Buen predicador! ¡Buen moralista en verdad! Y que buen título para encabezar. «Homilias por uno que pretendió ser sacerdote.» ¿Ves tu desde aquí el éxito... de risa?

—Tómalo más por lo sério, continúe. Sin publicar sermones ó tratados de moral, se pueden despertar buenos sentimientos. Hay varias maneras de escribir.

—No poseo ninguna bastante bien, para crearme autorizado á ofrecer mi prosa al público. Algunas páginas, escritas pa-

ra mi mismo, bajo la inspiracion del momento y para ocupar mis ratos de ocio, no prueban que uno pueda ser escritor.

—No prueban tampoco que uno no pueda serlo, en tanto que uno mismo sea su solo juez; y ya que confiesas haber escrito en tus horas de ocio, las cuales deben haber sido numerosas, no me rehusarás, espero, la demostracion ó prueba de quien de los dos se forma la más justa idea de tu aptitud.

—Demostraria mucho más amor propio que amistad, respondió, el declinar sobre mis modestas producciones, el peligroso honor que quieres hacerlas examinándolas. Todas están á tu disposicion desde la primera hasta la última linea. Y aún estás autorizado para bostezar leyéndolas, lo que no permitiria ningun autor.

De esta manera caminamos del brazo, (pues él se habia vuelto conmigo en direccion á la aldea) conversando con ese abandono y esa familiaridad naturales de antiguos amigos; llegamos á la puerta de su vivienda, verdadero nido de artista, de poeta ó de filósofo.

—Aqui es donde he instalado mi re-

sidencia. Entra, almorzaremos juntos.

Cuando nos levantamos de la mesa, le recordé su promesa:

—No me desdigo, no, respondió, pero esa promesa que me has arrancado, me pone en apuro. No tengo mas que fragmentos escritos al acaso y aun sobre un pensamiento vago sin orden, en pedazos de papel. Si puedes sacar algo en limpio, eres hábil.

—Enséñamelos, y déjame el cuidado de desembrollar el desórden.

—Pues bien, dijo, abriendo su escritorio, registra á tu gusto en ese cajon. No tengo secretos para ti. Ahí están tirados en desórden mis títulos á la admiracion del mundo. Mientras que tu desentierras esos muertos, permiteme que vaya á respirar el aire puro.

Y diciendo esto, salió.

Habia en el cajon papeles de todas clases, de todos fólíos y de todo color, y tirados como me habia anunciado, en un gran desórden. He revisado al azar algunos. Si como dicen, bastan dos lineas para ahorcar á un hombre, no hacen falta mas á un buen juez para reconocer si un hombre tiene ó nó el don de escri-

bir. Para mi, cuya competencia puede en buen derecho recusarse, me limitaré á decir que segun mi modesto juicio, el estilo de estas hojas sueltas, á pesar de su desnudez, revelaban las principales cualidades que se exigen del escritor; la idea era justa, la expresión verdadera, el giro á veces original, y la frase sencilla y clara, sin faltar el calor ni movimiento.

En este momento, puse la mano sobre un legajo que estaba en el fondo del cajon. Estaba arrollado en una hoja de papel y atado con un cordon, sobre cuya hoja lei, no sin gran sorpresa, este extraño título:

JUICIOS DE SAN PEDRO.

—¿Qué es esto? exclamé.

Y con una curiosidad grande desaté el cordon que sujetaba el paquete misterioso, en el momento que mi amigo entró.

—Y bien, preguntó: ¿has terminado?

—Ahora mismo; voy á ver lo que hay de comun entre San Pedro y un juez.

—¡Ah! dijo, divizando el paquete entre mis manos, por la honra del Santo, no te tomes ese trabajo.

—¿Y por qué eso?

—Porque me he permitido prestarle sin interés mi manera de ver sobre ciertos casos de conciencia, que podrian hacer mucho daño á la fé que se debe tener en la infalibilidad de los acuerdos de aquel á quien se le ha dado el derecho de atar y desatar.

—Has hecho bien advertirme, contesté; sin eso, hubiera podido equivocarme; pero ahora que estoy firmemente convencido, que San Pedro no ha hablado más que por tu boca, y que tus juicios esperan ser juzgados, nada se opondrá, me parece, á que tome conocimiento de los autos. Veamos las causas en sustancia: Señora de las Caristas, el Abate Martin, Pedro el íntegro, la Beaton...

—¡Deja eso! dijo interrumpiéndome. ¡Deja eso! te lo repito: no es más que una fantasía sin idea fija. No merece la pena de leerse.

—¿Tendrias miedo, repuse, que la lectura de estas cuartillas no me probase que has tenido sérios motivos para re-

nunciar á la curia? Eso sería mucho amor propio, como decias ántes.

—No quiero defenderme, respondió. Hay efectivamente algun amor propio en mi resistencia. Estos papeles que has sacado y que yo habia perdido de vista, contienen el germen de una idea, que en su tiempo me habia parecido feliz, pero que no me he tomado el trabajo de ponerla seriamente en ejecucion. Pensando en la manera que comprendemos, en general, nuestros deberes, y en los argumentos especiosos con los cuales tratamos de ocultar á los ojos del mundo y á nuestros mismos ojos, nuestra falsa interpretacion de la ley cristiana, pensaba que recibiriamos una leccion instructiva y provechosa si se nos permitiese asistir á los juicios particulares de Dios, y oir cómo la Justicia infinita confundia y reducía á la nada las miserables excusas y los pretextos frívolos y falsos de la debilidad, y á veces de la malignidad humana. De la misma manera habia pensado hacer, de estos juicios supuestos, el argumento de pequeñas composiciones. Pero, reflexionando, he comprendido muy pronto que tal como yo habia concebido mi proyecto,

desde luego era irrealizable. ¿Cómo admitir, en efecto, que en presencia de Dios, esta luz pura que penetra é ilumina todas las cosas, y delante de la cual la menor imperfeccion aparece como una mancha oscura, el hombre puede tener necesidad de demostraciones de razon para ser convencido de su falta, y permitirle entrar en discusion con el Juez Soberano, sobre la realidad y estension de esta? Entónces pensé salvar la dificultad con una invencion no ménos inverosímil que la otra, pero ciertamente ménos chocante.

—¡Adivino! dije, ¡adivino!

—En ese caso es inútil proseguir mi explicacion.

—¡De ninguna manera! continúa, continúa... No adivino.

—Y bien, supón, contestó, que San Pedro, el jefe de la Iglesia, y por lo tanto, el primer depositario de la verdadera doctrina, aquel á quien ha sido trasmitido el poder de conceder ó negar la absolucion de los pecados, y el cual tiene las llaves del Paraiso, ha sido investido de una mision relacionada con sus atribuciones y cualidades, la de juzgar momentáneamente en lugar de Dios. ¿Comprendes?

—Perfectamente.

—En presencia de su juez, hombre y anteriormente pecador como ellos, los hombres no estarán precisamente obligados á reconocer el mal en el momento, hasta qué punto son culpables, como en presencia del Soberano Juez, por una luz divina. Podrán, sin faltar al respeto, discutir con el Santo y hacerle objeciones que éste combatirá, sin faltar á su dignidad. Cuántos cuadros variados, cuántas situaciones diversas, cuántas elevadas y útiles lecciones. Todas las edades, sexos, profesiones y clases, traerian su contingente á esta instructiva revista de miserias, debilidades y crímenes de la humanidad. Pequeñas y grandes cuestiones de moral, deberes generales ó particulares, casos de conciencia difíciles ó dudosos serian uno tras otro el objeto de un exámen profundo, de un debate contradictorio y de un auto motivado. Mira el partido que hubiera podido sacarse para instruir estas causas diferentes. Bajo el nombre supuesto de San Pedro, se revelan mis antiguas inclinaciones para la profesion de abogado y la aptitud que haya podido tener para el estado de confesor.

—Lo veo, dije; y veo tambien que gracias á tu idea, tan fecunda como original, puedes no solamente sacar partido de tus principales facultades, como te lo aconsejaba hace poco, sino hacer mucho más bien que lo que yo podia prever, á condicion, siempre que tus defensas y tus sentencias no estén redactadas en estilo de curia, lo que les quitaría su encanto. Pero como no has conocido nunca más que la teoria del derecho y no su aridez práctica, no debes temer ese obstáculo.

—No, dijo, no es eso lo que yo temo. Si tuviere suficientemente desarrollado y bien dirigido mi plan ántes de escribir, creo, como tú, que hubiera podido hacer una obra útil. Pero no me ha ocurrido publicar nada. ¡Cómo habia de ocurrirseme! Obedeciendo á una disposicion de mi espíritu, inclinado á cosas serias y al mismo tiempo á una cierta propension de sencillez humorística, he concebido la idea de algunas pequeñas composiciones, y las he hecho para mí sólo y segun la fantasia del momento, sin inquietarme para nada en reunir las unas á las otras por una uniformidad de plan que permitie-

ra hacerlas entrar en un mismo cuadro. Para darte una idea de la falta de esmero de mi procedimiento, San Pedro tan pronto juzga desde el fondo de su portería del Paraíso, como desde lo alto del tribunal donde ocupa el lugar de Dios, como desde no sé donde. La misma poca aprension me ha guiado respecto á los personajes que comparecen ante él. Estos están en cuerpo y alma, aquellos solamente en alma. Uno está vestido, otro desnudo. Uno lleva aún sus pecados marcados sobre su frente como manchas, otros como polvo que pesa y paraliza sus alas, otros en forma de paquetes. En pocas palabras, eso no tiene sentido comun.

—Entendámonos, querido amigo. ¿Es en su conjunto ó unas partes con otras las que tan mal concuerdan, hasta el punto de faltar la unidad?

—Tomadas en su conjunto, entiéndase bien. Tomadas por partes, á mi parecer, son bastante razonables, y no me olvido, por ejemplo, del respeto con que deban presentarse á su juez, hasta permitir á almas sin cuerpo saludar á San Pedro con una reverencia ó quitándose el sombrero.

—Bueno, dije, me conformo. Si cada uno de los personajes de naturaleza sencilla ó doble sabe conducirse según las exigencias de su condicion, puedes presentármelos sin temor. Por mi parte ardo en deseos de conocerlos.

—Conténtate, dijo; la presentación está hecha en toda regla. Te dejo en su compañía.

Y salió de nuevo. Cuando volvió á entrar media hora despues, habia leído la mayor parte de los trozos que componian el rollo, y quedé muy contento de mi lectura.

—Piensa de ello lo que quieras, le dije; es preciso que esto se publique.

—Vamos, repuso, nada de burlas.

—¡Burlarme! contesté: Dios me guarde de ello. Hablo muy formalmente. Te digo que eso debe publicarse.

—Debe, repitió, recalcando la palabra. ¿En virtud de qué deber? si te place.

—En virtud de ese deber de que hablabas tú mismo ahora, de seguir por la via á donde estás llamado. Ignoro si lo hubieras hecho mejor como abogado ó como sacerdote, pero sé que puedes hacerlo como autor.

—¡Como! ¿autor yo? exclamó: ¡Jamás!

—Tú eres terminante, repliqué. ¡Jamás!
¿Por qué jamás?

—¿Por qué? ¿Por qué? Porque yo... no quiero ser autor, esto es todo.

—Ve ahí un caso, dije, por el cual no querría ser citado al tribunal de San Pedro. Estoy seguro de ser condenado por faltar voluntariamente. ¿Tratarías tú ese asunto?

—Me disgustas, exclamó; si, me disgustas en verdad. Nunca se ha visto semejante idea. ¡Yo autor!

—¿Y por qué nó? te ruego. ¿Por qué no tú lo mismo que yo?

—¿Qué, tú? repuso, ¿eres autor tú?

—Sí. ¡Cómo! ¿No sabes nada?

—No, en verdad; tu fama no ha llegado hasta mi.

—Esto me admiraría y me humillaría, si no recordara á propósito, que desde hace más de diez años no formas parte del mundo.

—Sí, contestó; eso es. Tu modestia ha encontrado bien pronto la verdadera razón. Pero ahora caigo, añadió; puesto que eres autor...

—¿Y bien?

—Y que juzgas mis piecécillas tan buenas para ser publicadas.

—¿Y qué?

—Que yo mismo no las quiero publicar..

—¿Por qué no las publicas bajo tu nombre?

—¡Yo! ¡yo! ¡publicar bajo mi nombre lo que no he escrito!

—Sería la primera vez, dijo, que áun en materia literaria se adoptase un hijo ajeno.

—No digo eso; pero...

—¿Pero qué? ¿Tú encuentras, dices, esos trozos convenientemente redactados?

—Ciertamente.

—¿Y pensados razonablemente?

—En efecto.

—¿Y propios para hacer bien?

—Sin duda alguna.

—¿Y que sería pecar no darlas á luz?

—Esa es mi convicción.

—¿Y tú eres mi amigo?

—Digo lo que es.

—Entonces, continuó, querría saber qué puede impedirte, de hacernos á todos el servicio, al público, á mi y á ti mismo, publicando bajo tu nombre esas cosas buenas.

Me vi cogido en el lazo. Nada, respondi, si no fuera que me desagrada adornarme con lo ajeno.

—¡Vaya! dijo, si te sienta bien, te resignarás fácilmente á llevarlo. Tantos se visten de ganso á pesar suyo y sin el menor escrúpulo. Pero tú, es todo lo contrario.

—Escucha, contesté, á propósito de escrúpulos, debo confesar que siento uno. ¿Estas tú seguro, perfectamente seguro de la ortodoxia de tu doctrina? Porque, en fin, si por agradarte diese mi nombre á proposiciones temerarias, ó peor que eso, heréticas!

—¿Temes al Gran Inquisidor? preguntó. Quiero darte un medio de escapar seguramente de su furor. Sometes mi pequeña teología moral á un hombre autorizado. Si debiera figurar en el indice, arrójala al fuego. Si obtiene la aprobacion, te suplico hagas el favor de introducirla en el mundo bajo tu nombre.

—A título de padre, no, dije; pero en calidad de padrino, sea.

—Como quieras, respondió. A partir de este momento, me despojo en tu favor de todos mis derechos sobre estos pobres hijos.

—Entonces, mitad por gusto, mitad por fuerza, me llevé.

LOS JUICIOS DE SAN PEDRO.

Un casuista consumado, á quien se los enseñé, aunque admirándose un poco de la manera de adornar las cuestiones de teología moral, me aseguró que en el fondo no contenian ningun error que pueda, en este mundo ó en el otro, ponerme en riesgo de ser quemado. Asegurado sobre este punto esencial, y á pesar de ciertas repugnancias que los escrupulosos comprenderán, termino hoy resolviéndome á presentarlas al crisol de la publicidad, en cumplimiento de mi promesa.